

*CRÓNICAS*

*DE*

*LA*

*COLOMBIA*

*CONTEMPORÁNEA.*

Por:

Fernando Cubides Cipagauta

Profesor Titular, Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia.

## Índice

### Prólogo

#### I. Crónica del Medio y bajo Caguán.

- 1- Un entusiasmo generalizado y contagioso
- 2- Santo Domingo o de cómo se fundan los poblados por estos rumbos
- 3- Y ahora, río arriba.
- 4- Los relatos de fundadores: un género con mucho color local.
- 5- Mediadores de buenos oficios.
- 6- De nuevo al terreno.
- 7- Colonización, coca y guerrilla: las ampollas que levantó el libro.
- 8- La destorcida en el plano regional.
- 9- Homenaje a un amigo: “Old Tiger”

#### II. La Serranía de la Macarena: ires y venires por ella y por su entorno

- 1- Exploración y recorridos iniciales. De norte a sur de la Serranía.
- 2- Se inicia en forma el proyecto: 1er. Censo de colonos
- 3- La metodología del Evangelio de San Lucas en acción.
- 4- Coletilla censal.
- 5- Nuevas idas al terreno y gestiones palaciegas: “Anfibio cultural”
- 6- El cabildeo.
- 7- El terrorismo en un ámbito municipal.
- 8- Ingenuidades editoriales.
- 9- Humo blanco: la decisión sobre el futuro de la Reserva.

#### III. Un breve trabajo de campo en “Área de despeje”

1. 31 de agosto de 1998.
2. 1º de septiembre de 1998.
3. 2 de septiembre de 1998.
4. 3 de Septiembre de 1998.
5. 4 de septiembre de 1998.
6. 5 de septiembre de 1998.
7. Coletilla: ¿En dónde estaba el balón en el 2001?

#### IV. Casanare y el Pozo Cusiana.

- 1- De la mano de una multinacional.
- 2- Primera jornada: hasta Villanueva

- 3- Segunda jornada: Monterrey
- 4- Tercera jornada: Tauramena
- 5- Cuarta jornada: Aguazul.
- 6- Quinta jornada: Yopal (El Yopal).
- 7- Sexta y séptima jornadas: Yopal.
- 8- Octava Jornada: Pore-Paz de Ariporo (Moreno)
- 9- Novena jornada: Hato Corozal-Nunchía.
- 10- Coletilla.

## **V. Tres municipios de pequeña propiedad rural: El Banco, San Martín de Loba y Barranco de Loba**

1. Llegando a El Banco.
2. San Martín de Loba.
3. Barranco de Loba.

## **VI. Rápida incursión por el occidente Boyacá.**

1. Miércoles 5 de Febrero de 2003. Día primero.
2. Febrero 6 de 2003, jueves. Día segundo.
3. Febrero 7 de 2003, viernes. Día tercero.
4. Febrero 8 de 2003, sábado. Día cuarto y regreso.

## Prólogo.

Llegué a la idea de este texto al hacer un balance de mi trayectoria como docente y como investigador, con miras a uno de esos “perfiles” que se les solicitan a quienes hemos pasado un buen tiempo en el oficio y nos aproximamos a la edad de jubilación (si es que no la hemos sobrepasado ya). En uno de los anaqueles de mi estudio se habían venido acumulando libretas de anotaciones de formato pequeño, de contenido muy variado, la mayoría de ellas diarios de campo. En ninguno de los cursos que recibí en mi etapa de aprendizaje como sociólogo se enseñó la técnica del diario de campo, o se aludió siquiera a sus posibilidades, pero suficientes ejemplos se encontraban en la literatura de ciencias sociales, y no solo en la antropología, si bien los ejemplos más notables para mi generación fueron el gran libro de Claude Levi-Strauss **Tristes trópicos** así como los trabajos de Oscar Lewis, en particular **Los hijos de Sánchez**. Aunque en principio a la del diario de campo tendiera a vérsela como una técnica reservada a antropólogos y etnógrafos, uno y otro de esos libros ya clásicos estaban en el ambiente por así decirlo, eran referencias obligadas en conferencias, en debates y en charlas de cafetería; llegaron a constituirse en modelos en el género aun si en principio no parecíamos dispuestos a considerarlos tales; así de que, más adelante, ya como sociólogo y enfrentado a la necesidad, adopté de manera inmediata el hábito, procuré refinarlo, hacerlo metódico. En un comienzo pudo ser una especie de divertimento, un guiño a mis inclinaciones literarias no confesadas, simple escaqueo, que luego se fue haciendo una rutina. Y la necesidad se manifestó pronto, cuando siendo ya profesor, se me invitó a hacer parte de un equipo conformado sobre la marcha, que abordaría un problema inédito: un nuevo tipo de colonización asociado a la propagación del cultivo de coca, en una región en la que comenzaba a hacerse patente la presencia sino el dominio de la guerrilla y que no aparecía como región poblada ni en los mapas oficiales, ni en los datos censales, un trabajo para el cual, por ende, ninguno de los abordajes o de las técnicas convencionales parecía funcionar. Antropólogos hay claro está, que solo hacen trabajo de gabinete, pero aún ellos se las ingenian para conseguir asistentes, o peones intelectuales, que les saquen las castañas del fuego, y que lleven a cabo en su nombre, los trabajos de campo.

El sinuoso río Caguán, algunos de los poblados que se han fundado en sus riberas: San Vicente de Caguán, Cartagena del Chairá, Remolino del Caguán, puede decirse (sin que signifique un énfasis, una fórmula ritual) que como topónimos, están hoy presentes en el imaginario de los colombianos. Son nombres de sitios y de referentes de noticias que han aparecido multitud de veces en la información transmitida por los medios de comunicación; pero no era así a los inicios de los años 80 del siglo pasado: sencillamente, si los dos primeros de los mencionados aparecían ya como pequeños puntos en los mapas oficiales, ninguno de los tres aparecían en el mapa mental de los funcionarios, ni tampoco en el de las personas informadas en el nivel central, mucho menos en el mapa mental de la mayoría de los colombianos.

Ya en el Caguán entonces, sujeto a la necesidad de ir acopiando percepciones, impresiones y evidencias muy variadas, llevar un diario de campo se volvió una necesidad, y luego un hábito. Habiendo hecho pues de la necesidad virtud, y a falta de cualquier otra fuente, más tarde, a la hora de redactar el informe, era indispensable compilar del modo más ordenado posible las impresiones tomadas sobre el terreno (multiformes, caóticas) reflexionarlas y contrastarlas, y, también, dejarlas decantar. Y el diario, y lo que pudiera haber de inconexo en él (pero también de espontáneo) quedan por así decirlo “en remojo”. Serán lecturas posteriores, o hechos posteriores, los que le irán confiriendo un sentido nuevo a lo que allí quedó como en un depósito, a lo que en un primer momento se pudo considerar inocuo, inoportuno o impertinente. Y van adquiriendo un sentido en la medida en que se las puede comparar, en que el apremio por ofrecer un panorama de la situación, un contexto más amplio quienes nos lo han demandado, va creciendo. Aun cuando se hagan patentes las incoherencias, la ingenuidad nuestra como observadores en esa primera oleada de impresiones, el recurso al diario de campo pronto se muestra inestimable en su valor. Comprobada su utilidad esa primera vez, se convierte en un recurso socorrido para en adelante. Una agradable rutina, un ejercicio con gratificaciones. Y para el caso de Levi-Strauss como modelo, resulta fértil en particular seguir sus orientaciones, en aquello de considerar un viaje, el viaje en general, como metáfora del conocimiento.

Cuando uno hace entonces el ejercicio retrospectivo, al recapitular los que considera momentos significativos de su trayectoria, al corroborarlos mediante las anotaciones hechas (unas al vuelo, otras más circunstanciadas y mejor elaboradas) el prisma del tiempo es el que se hace evidente, es obvio que cada cosa vaya adquiriendo una significación adicional.

Dar testimonio; casi al final de un oficio hacer consciente los hechos vividos y el trayecto recorrido mediante la comunicación, en una narrativa, y en la medida en que van aflorando (consciente uno de que lo real es discontinuo, y se forma de elementos yuxtapuestos) es así como tales impresiones y recuerdos llegan a ser apreciados en una significación distinta gracias a que se los mira a través del prisma del tiempo, y aflora un cierto imperativo de contarlos o al menos transcribirlos de manera ordenada, dando cuenta de la experiencia vivida. Algunos momentos de transición, algunos virajes o cambios, se descubren sólo en retrospectiva. Recuerdos insignificantes cobran así valor. Instrumento auxiliar en una primera experiencia, es la relectura del diario de campo y el cotejo con hechos posteriores lo que hace a esos registros cotidianos, fuentes con su propia validez. Y la primera experiencia que me lo enseñó de modo nítido fue la de el Medio y Bajo Caguán: en principio se trataba de una investigación auspiciada por el Departamento Nacional de Planeación y se suponía que como equipo iríamos a producir un insumo para lo que habría de ser un plan de desarrollo regional, de allí que nuestra preocupación fuera reunir las cifras elementales, procurar construir indicadores básicos, llenar el vacío de las estadísticas oficiales para una región de contornos singulares y atípica en cuanto a su proceso de ocupación. Todo lo que obtuvimos fue una visión panorámica además de unas cuantas cifras desagregadas e inconexas, a las que tuvimos que exprimir al máximo para producir lo que consideramos un informe hecho con decoro para las que suponíamos eran las exigencias mínimas de un ente como Planeación (sin que hubiera pasado por nuestra cabeza la idea de tener otros lectores que los funcionarios encargados de supervisar el trabajo) pero las observaciones sobre el terreno, las entrevistas, el conjunto de las vivencias a medida que se recorría la región, su contextualización posterior y el hecho fundamental de las cambiantes alternativas y en fin las vicisitudes del incipiente y traumático proceso de negociación con la guerrilla cuyo dominio de la zona era incontrovertible, nos convirtieron sin haberlo querido en testigos de primera fila de dicho proceso, dando a nuestras observaciones y anotaciones sobre el terreno el carácter de una cantera de información cualitativa y cualificada. Y, para sorpresa de algunos de los lectores del mencionado informe, fue nuestro colega Leonidas Mora, el economista del equipo, quien supo sacar mejor partido de la información desagregada, dispersa en entrevistas y anotaciones sobre el terreno. Acerca del valor contenido en nuestro informe así como en nuestras libretas de campo nos fuimos persuadiendo a medida que se enredaba el incipiente proceso de negociación, recibimos la propuesta institucional de la Universidad, de publicar el informe como libro y, sobre todo, se presentaban en la zona que acabábamos de conocer, algunos hechos protuberantes, graves confrontaciones armadas que produjeron muchas víctimas. Tratando de recomponer el cuadro de la situación y en procura de atisbos, de nuevos indicios, de registros sueltos que hubiéramos

subestimado en su momento es que releímos aquellas anotaciones, y releídas y cotejadas, en adelante, en las experiencias posteriores es que se fue desarrollando el hábito de tomar notas sobre el terreno.

En su sentido más llano – y se lo trae a cuento con frecuencia, con la consabida definición del diccionario- la crónica es el género que por antonomasia permite dar cuenta del tiempo transcurrido, hace especialmente consciente el paso del tiempo. De donde se sigue que una de las ventajas del género es la de que, a salvo de la acusación de ser infidente, de faltar al deber del secreto que se le ha confiado, el simple paso del tiempo le posibilita al cronista develar hechos y motivos, sacarlos a la luz, por no existir ya la inconveniencia o el motivo para ocultarlos. No a la manera del Truman Capote de *Desayuno en Tiffany's* (como retaliación resentida, como venganza personal) sino porque lo que se veía como inconveniente o amenaza, ya no existen. No es pues un afán de indiscreción, imperdonable como tal, sino más bien una implícita solicitud de perdón por las omisiones, o por los errores de perspectiva de entonces. Entiendo pues al cronista de hoy como una especie de memorialista pero con criterio, un testigo que hace del criterio con el que va registrando algo definido y explícito, que debe por tanto ir justificando con argumentos tanto el periodo escogido como el modo de seleccionar hechos, su secuencia y la composición de los lugares de su relato. Y si logra relatar y recomponer, es como un memorialista que echa al mar de nuevo, al mar del tiempo, su mensaje en una botella. Lo que produzca puede ser un texto coloreado con la subjetividad de quien narra, un despliegue de su individualidad, pero que aún así recoge los rasgos de un período. Desde que a los 17 años leí a Heine y su triste comprobación hablando de sus Confesiones y de las de tantos otros: “*Ni con la mejor voluntad de honradez puede un hombre decir la verdad sobre sí mismo*”, me hizo mella. Y a ciencia y paciencia de todo lo arbitraria que puede ser la memoria. Hay que asumir en el texto el riesgo del excesivo intimismo al que tiende el relato personalizado, y la narración en primera persona. (El “yocito omnipotente” contra el que tanto lucha como narrador Fernando Vallejo, o el narrador omnipresente del que las algunas de las tendencias narrativas de hoy afirman, talvez con razón, que ha quedado desueto dado el auge de lo visual) Y, por cierto que el propio Levi- Strauss, reseñando a Malraux, un año después de publicado *Tristes Trópicos*, da por sentado que ese tipo de relato etnográfico ya parece haber dado todo de sí.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> “El yo no es solamente algo odioso ya: no hay sitio entre un **nosotros** y una **nada**. Un tipo de aventurero desaparece así, individualista, romántico, su canto del cisne ha sido lanzado por André Malraux” reseña al artículo de André Malraux “El fin de los viajes” en: *Actualité littéraire* n° 26, Julio 1956, p.29. Citada en: Claude Lévi-Strauss, *Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, 2008. p.XXXIX.

Y por que habría que dar cuenta también de una contra tendencia: la revaloración del yo narrador: la “autoficción”: “*No son autobiografías, no son diarios, no son memorias, no son actas notariales, no son biografías, no son ensayos novelados, no son novelas puras donde todo es imaginación. Pero también son todo eso*” dice, al procurar acotarla como tendencia, el crítico y ensayista Winston Manrique Sabogal <sup>2</sup>

De cualquier modo y aún a riesgo de mi anacronismo, como punto de mira y enfoque, en éste caso procuro ponerme a tono con lo que en un plano más universal significa la tendencia a restaurar la dignidad de la “*petite histoire*” como una veta para el análisis, para un análisis menos convencional.

Consciente eso sí, de que una diferencia clave con el uso que hacen etnólogos y etnógrafos de las técnicas del diario y del trabajo de campo radica claro está, que a ninguna de las porciones del territorio que pudimos recorrer, ni a ninguno de los grupos de población con los que hemos interactuado, pudiera calificárcelos de extraños o ajenos, por muchas singularidades que tengan los procesos de colonización de fines del siglo XX en Colombia, por mucho que signifiquen en lo demográfico una contra-tendencia en un país muy urbanizado: sus actores son “nuestra más inmediata semejanza” que diría el poeta. De ahí que un cierto grado de extrañamiento, una distancia que se toma, son tan solo posturas en busca de dividendos analíticos. Proporciones guardadas, salvedades hechas. Si en el sentido clásico la etnología provee una síntesis comparativa entre sociedades alejadas entre sí tanto en el tiempo como en el espacio, puede ser también una síntesis comparativa entre segmentos de una sociedad dividida. La apuesta entonces es la de que aún es posible una cierta etnografía en un paisaje que en visión panorámica nos es familiar pero que al acercarse resulta tan desvertebrado y discontinuo, que podemos descubrir que algunos de sus intersticios, o algunos de sus segmentos eran inéditos o relativamente desconocidos.

En cuanto a la etnología y a la etnografía, por contraste, Guido Ceronetti en uno de sus epigramas nos ofrece la más irónica definición de su significado como disciplinas: “*Se puede llegar a ser sapiente acumulando lejanas ignorancias*” nos dice; pero un aforismo tan irónico acepta una interpretación positiva: el todo está en volver a interrogar tales vestigios, en sacar provecho de la perspectiva que impone la distancia., y el propio epigramista lo admite.

Bogotá, D.C., Febrero de 2009.

---

<sup>2</sup> “*El Yo asalta la literatura*” en : Babelia-Suplemento de EL PAÍS, 13-IX-2008.



Bogotá, Enero 20 de 2009

Profesor  
FABIÁN SANABRIA  
Decano  
Facultad de Ciencias Humanas

Profesor  
VÍCTOR REYES MORRIS  
Director  
Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia

Apreciados Colegas:

Al término de mi año sabático me permito hacerles entrega a Uds. del texto que elaboré en desarrollo del programa de trabajo. Tal como lo presento, en la versión del programa editorial IN DESIGN, es un texto de 431 páginas (152,4 Megabytes) que incluye gráficos, fotografías y mapas. Lo pongo a disposición de Uds. y eventualmente de los planes de publicación de la Facultad. Lo incluyo también en versión .pdf. Advierto eso sí que en cuanto comencé a elaborarlo, y en un intento de adaptarme a los cambios en los hábitos de lectura de la población más joven (que es la nuestra, de modo preferente) lo pensé y lo fui escribiendo como un texto muy “visual”, ante todo para facilitar su difusión electrónica. Me pareció útil pensarlo y escribirlo así después de leer un debate sobre la posible muerte del libro impreso, como lo resume el artículo “*Le livre se met à l'heure de la galaxie numérique*” de Alain Beuve-Mery que salió en LE MONDE del 4 de Julio de 2008. Allí mismo se mencionan dos páginas en las que se está ventilando el asunto del cambio de los hábitos de lectura de la joven generación:

[www.culture.gouv.fr/](http://www.culture.gouv.fr/)

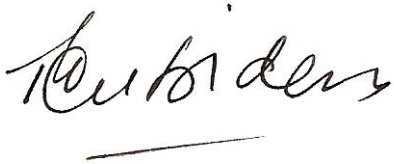
y en inglés:

[www.booksellers.org.uk/doc](http://www.booksellers.org.uk/doc) Hay allí sobretodo cifras confiables sobre cómo leen ahora los menores de 25 años.

También una revista especializada en crítica literaria, ARCADIA (Nº 35, Agosto de 2008) se hizo eco del debate, y trae tres artículos al respecto. El más pertinente a mi ver: “¿Será que GOOGLE nos está volviendo estoopidos?” de Nicholas Carr (con cifras y evidencias muy elocuentes)

Es decir que lo les estoy ofreciendo como texto, si se quisiera editarlo en versión impresa, a unos costos razonables, habría que despojarlo de casi todo el acompañamiento visual. Entre tanto, valdría la pena divulgarlo por vía electrónica, ponerlo a prueba en ése medio, y es lo que me dispongo a hacer en mi página web (<http://fcubides.tripod.com>) Y entre tanto podría explorar otras opciones y lo pondría a consideración de otras editoriales.

Con un saludo cordial,

A handwritten signature in black ink, reading "Cubides", with a horizontal line underneath it.

Fernando Cubides C.

Profesor Titular  
Departamento de Sociología

